DISCURSO DE ANDRÉ MAUROIS

(Contestación a Jean Cocteau.)

Con frecuencia, usted ha buscado en el circo una escuela de trabajo, de fuerza discreta y de valor. Los acróbatas son los artistas más serios, porque ni el trapecio ni el alambre mienten. Al ver a usted actuar bajo esta cúpula, en lo más alto de una pila de sillas, hemos sentido algunas veces vértigo. Pero sus brillantes y peligrosos ejercicios han terminado, como es justo, con una sonrisa y un saludo. "El tacto de la audacia—ha escrito usted—es saber hasta dónde se puede ir demasiado lejos." Habiendo ido hoy bastante lejos para permanecer fiel a usted mismo, ha sabido quedarse en la parte de acá de lo que nos hubiera asombrado. Su discurso se inscribe, sin deformarla, en la curva de su vida. Aun convertido ya en académico, no se ha transformado en un académico.

Señor, nuestra Compañía lo eligió desde su primera candidatura. Esta pronta acogida, bastante rara en esta Casa, ha sorprendido a algunos augures. No creían en el éxito de usted. Ni usted tampoco lo creía. Usted pensaba que todo verdadero poeta es un niño y que existe temeridad por su parte al intentar sentarse entre las personas mayores. Pero las personas mayores aman a los niños y a los poetas. Usted ha hecho que sus visitas resultaran otras tantas obras de arte. Su conversación, paradójica a fuerza de sentido común, le ha conquistado más de un sufragio rebelde. Hubiera podido transformarse en monólogo sin que sus interlocutores se lamentasen. Ha tenido usted la coquetería, además, de mantener el intercambio, y hubiera podido decir, como aquel rey de Inglaterra a uno de sus cortesanos: "Procure, pues, contradecirme de cuando en cuando, a fin de que seamos dos."

Usted es, señor Cocteau, buen público, y ha recibido en estos encuentros, según parece, tanto placer como ha proporcionado. En ellos, usted nos ha hablado con el entusiasmo de Sócrates, al describir a sus jueces en la *Apología*, de la dicha que iba a experimentar al conversar en los Campos Elíseos con Hesíodo, Homero, Pa-

lámedes y Ayax, hijo de Telamón. Esta constancia, que a pesar de la victoria sobrevive en usted, nos emociona, no es corriente. "La Academia francesa—escribió Voltaire—es el tema secreto de las plegarias de los literatos, es una amante para la que se componen canciones y epigramas hasta que se han obtenido sus favores, y a la que abandonan o desatienden desde el momento en que la han conquistado." Usted acaba de probarnos que la posesión no ha disminuído el ardor de sus sentimientos.

Esperamos que usted no se desalentará. Esta Casa, tan vieja, tiene sus debilidades. Usted ha evocado algunos de sus pasados errores. Los lamentamos como usted; pero ¿cómo no los iba a cometer? "¿Una compañía literaria infalible?—decía Renán—. Casi la tendríamos miedo. Los académicos no tienen la pretensión de poseer la regla de una justicia absoluta." ¿Quién la posee? Y ¿qué crítico, por muy fino que sea su gusto, no se equivoca, a veces, al juzgar a sus contemporáneos? Las afinidades naturales, las simpatías y las antipatías desvían siempre los elogios. Son muchos los que no se cansan de citar a algunos grandes hombres que faltan en la Academia francesa; pero se olvidan de añadir que sus felices osadías fueron más numerosas que sus timideces. La Academia ha recibido a Lamartine y a Víctor Hugo, en plena juventud; ha honrado a Valéry cuando el público lo ignoraba; ha rodeado a Bergson de admiración y respeto; hubiese acogido a Proust si éste no hubiese muerto prematuramente. Entre los hombres de talento no hay, hoy en día, ninguno que se aparte de ella; no existe tampoco ninguno al que la Academia desee descartar. Se afana, no sin dolor, en desbrozar para ellos el camino del Quai Conti. La pronta acogida que ella dispensó a usted, prueba que no teme a los malos alumnos cuando son buenos escritores.

Al acogerle entre nosotros nos sentimos guiados por razones más fuertes que el encanto de su obra y el resplandor de su inteligencia. Usted es, señor, un prodigioso animador, y ha modelado, con formas artísticas muy diversas, a su época. El poeta Coleridge decía: "Yo no creo en los fantasmas; he visto demasiados." Usted tendría que decir: "Yo no sigo las modas; he hecho demasiadas." No se cuentan ya los escritores, pintores, músicos, cineastas, actores, que deben a usted su renombre y que lo merecían. Sus elegidos de ayer son hoy, en el mundo entero, los clásicos de todos. "Vuestro gallo, con su pico infalible, ha picoteado, antes que las perlas falsas o las sobras, el verdadero trigo" (1). Al alejarse la moda con

(1) Claude Roy.

una velocidad mayor que la del tiempo, usted ha conservado, gracias a ese movimiento, el contacto con la tradición. Le place a usted que ésta asegure la continuidad de un pueblo, de un idioma, de una institución.

Por eso, usted nos pertenece ya. Antes de tomar parte en nuestros actos, usted poseía el gusto de nuestras ceremonias. Usted escuchaba con delicia el redoble del tambor que anunció, hace un momento, su peligrosa voltereta. Usted se había dado cuenta de que un juicio, instintivo y colectivo, había diseñado esta cúpula, estos uniformes, estas espadas. De la misma forma que el narrador de Proust veía resurgir las imágenes vivas de su infancia desde el momento que pudo engarzarlas a las sensaciones presentes: pequeñas magdalenas, suelos desiguales, cartera raída, así también las naciones, por el brillo resucitado de las más antiguas ceremonias: guardias, cortejos, baterías, encuentran, en su edad madura, su perdido pasado. La coronación de Westminster, la peluca de los jueces, las universidades medievales, forman parte de las fuerzas de Inglaterra. Esta cúpula, estas estatuas, este orden de majestad, son útiles al prestigio de una asamblea tres veces secular. Un hombre es tanto más libre de espíritu cuanto más regulados están sus gustos por un ritual, y la elección de sus palabras por una sintaxis rigurosa. Nadie sabe, señor Cocteau, esto mejor que usted, y su valiente repulsa del conformismo anticoformista era un mérito para nuestros sufragios.

En fin, y sobre todo, nosotros le hemos elegido porque amamos su talento. Para demasiada gente, el estilo es una forma complicada de decir cosas sencillas. Para usted, es una forma muy sencilla de decir cosas complicadas. Es cierto que en Francia existen dos grandes líneas de estilistas. Albert Thibaudet las llamaba *la del vizconde* y *la del teniente*. La primera, procedente de los retores romanos a través de Bossuet y Massillon, floreció en Rousseau para extenderse a Chateaubriand y a Barrès; la segunda, cuyos lejanos orígenes son griegos, tuvo su período ingenuo con Amyot y Montaigne; su período incisivo, con Voltaire; nosotros le debemos al teniente Henry Beyle y la prosa de Valéry.

Aunque usted prefiera a Rousseau y apenas le guste Voltaire, usted, señor, pertenece por su estilo a la segunda corriente. No es el azar quien le ha hecho que remozara tan bien los mitos helénicos. Lo trágico de las pasiones, aliado a la sencillez de la expresión, es el secreto del arte griego; ése también es el suyo. Usted no teme ni a la luz fuerte ni a la precisión implacable. Como los

filósofos de Grecia, tiene el gusto de las fórmulas breves y cargadas de misterio. Como ellos, limpia la frase de todo adorno; la prefiere enjuta y musculosa. En suma, usted es de la línea del teniente. No dudo, sin embargo, que el artista que vive en usted limita a veces el placer del gran oleaje a las frases ondulantes, a los cobres sonoros y a los violonchelos que hacen cantar la descendencia del vizconde. Era a ésa a la que pertenecía su predecesor.

Señor Cocteau, nosotros hemos querido mucho a Jérôme y a Jean Tharaud. Por tanto, no puedo separar en el elogio a los que tan estrechamente unidos marcharon por la vida. Usted nos ha confesado su temor, cuando el azar de una elección le hizo sucesor de Jérôme, de hallarse muy alejado de él. Esta ansiedad nacía de una causa muy sencilla: es que usted no conocía apenas su obra. Usted nos ha dicho, y ello es cierto, que se habla más justamente de un escritor *sintiéndolo* que leyéndolo. Yo no estoy muy seguro de eso. Los escritores tienen la debilidad de gustarles que los lean. A veces, el propio Jérôme nos contaba que, teniendo que recibir Maurice Barrès, de quien entonces era secretario, bajo esta cúpula, a Jean Richepin, le propuso que fuera a buscar en la buhardilla, donde se acumulaban las obras sin abrir, *Miarka, la fille à l'ourse.* "¡Ah!—dijo Barrès—. ¿Qué hacemos con ella?" "Déjela en su carromato." Usted ha dejado a Dingley en su granja sudafricana y a los burgueses del Islam en sus tiendas de Fez. Los hermanos Tharaud se lo habrán perdonado, porque eran la bondad misma, sin embargo, ellos tenían de común con usted mucho más de lo que usted se cree.

Jérôme, como usted, fué un amigo perfecto. Del aula de Santa Bárbara a la Escuela Normal, de los *Cahiers de la Quinzaine* al Estado Mayor de Lyautey, tiernos lazos jalonan su vida. Todos sus compañeros admiraban la encantadora sencillez de sus maneras y esa risa bondadosa e ingenua que brotaba, irresistible, hasta en nuestra sala de sesiones. Jamás ningún escritor fué más generoso, menos envidioso que los Tharaud. He aquí que, a pesar mío, vuelvo a hablar de ellos en plural. Por un fenómeno extraño y raro, no formaban más que un solo ser con dos voces y dos rostros.

Recuerdo haber preguntado un día a uno de ellos si había leído cierto libro. "Yo no lo he leído—me respondió—. Nosotros lo hemos leído." Este *nosotros* era para ellos un personaje distinto y real. Podría haberse dicho que tenían necesidad de completarse el uno con el otro. "Sus frases no se respondían: se juntaban, se

sobreponían y formaban un todo coherente. Se comprendía, al escucharlas, que este doble escritor era más sensible que lo hubiera sido cada una de sus mitades."

Estos dos hermanos siameses no se parecían. Jérôme, más rechoncho, la tez más roja, el cráneo rapado, tenía una voz potente, que, en los momentos de apasionamiento, detonaba. Jean, más alto, más tranquilo, hablaba con una voz más cálida. Se interesaba por las casas, por los objetos, por las cosas amadas que se poseen. Jérôme, espíritu desprendido de toda materia, Ariel de rostro un poco achatado, había conservado del aula rosa y de las conversaciones con Péguy el gusto por las ideas puras y por las síntesis extensas. "Nómada, aventurero, estaba siempre dispuesto, ante una noticia de periódico, a coger el barco, el tren, el avión, sin llevarse ningún equipaje, para ir a ver, en el lugar preciso, lo que sucedía" (2). No podía hartarse del espectáculo de un universo tan grande y vario. Su curiosidad, su inteligencia y casi su infantilismo, recuerdan los de Kim, el personaje de Rudyard Kipling. Enemigo de la introspección, aficionado a los cuadros y a los seres nuevos, hubiese dicho de buena gana: "El único y verdadero mundo interior es el verdadero mundo exterior." Y, sin embargo...

Y, sin embargo, sentimientos fuertes y constantes calentaban su mundo interior. De la calidad de sus afectos podrían hablar bien Daniel Halévy, Jean-Louis Vaudoyer, Emile Henriot, Simone Porché. El más querido testigo de su vida ha descrito sus viajes errantes y sus regresos a la casa de Versalles, en donde le esperaban su esposa y su hermano. "En él—decía aquélla—la menor chispa encendía una llama, un fuego, que no podía apagarse más que con el viento de la huída. ¿Apagarse? No, aplacarse sólo por una temporada. El regreso de Jérôme me ha producido siempre el efecto de un suspiro de alegría. Su forma de sentarse parecía decir: ¡Al fin! Miraba a su alrededor, tendía una mano a uno; la otra, al otro. Nosotros éramos los sólidos anillos que aún se ven en las casas antiguas, adosados a los muros para atar los caballos. Estos sólidos anillos estaban allí. Soltaba nuestras manos, se frotaba las suyas, una contra otra, como para mezclar sus deliciosos calores." En su afectuosa y cálida alegría, ¿Jérôme no le ha hecho pensar a usted, señor, en los héroes de algunos de sus dramas, quienes al regresar pálidos de la muerte reencontrada, de algún mundo misterioso, encuentran de nuevo, con inefable afán, a su esposa, sus libros, su habitación familiar?

---

(2) Emile Henriot.

Otro rasgo común entre los Tharaud y usted: su infancia los había modelado para siempre. La habían pasado en una provincia secreta: el Limosín. Con frecuencia han evocado en sus novelas este país húmedo y repleto de arbolado. Los castaños cubren las pendientes de las colinas, en la cima de las cuales pequeñas casas solariegas, de puntiagudas torretas, albergan halcones ocupados de la caza, de la recolección y de las sombrías querellas de familia. De esta infancia rústica, los dos hermanos habían conservado el gusto por el espacio libre, abierto. Detestaban la vida mundana y las pasiones que ésta engendra. Lo que les interesaba era el hombre en acción, el trabajo. Al igual que usted, no pedían al viaje un documento, sino una música, como decía Barrès. Más allá de las apariencias, intentaban alcanzar una realidad poética, que es la única realidad.

Como usted, pensaban que el artista no confunde la vida de las formas con las formas de la vida. Sin duda, la vida es necesaria al arte, porque le provee de una arcilla que modelar. Pero es el escultor, el pintor, quien, del caos de los seres y de las cosas, obtiene un mundo inteligible. Jérôme, en Jerusalén, en la mezquita de pedrerías, de dulces destellos rojos y azules, o ante el muro de las Lamentaciones, en donde el roce secular de frentes, labios y manos ha dejado su pátina, hace esfuerzos para comprender y para amar. Mezcla, con las imágenes percibidas, los recuerdos de su inmensa cultura y su presente emoción. No es un turista, recuérdelo usted, sino un poeta. Cuando medita, al lado del muro de miseria, sobre dos mil años de fe y de esperanza, es a Péguy a quien se dirige con todo su corazón: "Péguy—decía—ha dejado en cada uno de nosotros el reflejo de oro de su imaginación, y en lo que unos y otros hemos podido hacer de bueno, hay una parcela, frecuentemente desconocida de nosotros mismos, que recuerda a Péguy. Todos nosotros, cuantos hemos dado vueltas con él por el patio rosa, poseemos fragmentos de su ensueño."

De este ensueño, de esta noble amistad, no han desertado jamás los Tharaud. Toda su vida han buscado la forma de agrandarla. Han pasado de Péguy a Barrès, a Lyautey, del patio rosa de la Santa Bárbara a la casa blanca de Neuilly y al jardín azul de los Oudaïas. Tocado con boina, un bastón de madera de cerezo en la mano, Jérôme ha ido con frecuencia en peregrinación a casa de sus vecinos de Bretaña: Lamennais, Chateaubriand. No era indigno ni de su estilo ni de su pensamiento. Jérôme y Jean han sido trabajadores infatigables, que pulían y repulían sus obras sólo

por amor hacia las cosas bien hechas, puesto que, aún después de recibir el premio Goncourt y del éxito adquirido, volvieron a escribir *Dingley* unas tres veces, como por un ejercicio de honor.

Cincuenta años han arrastrado, codo con codo, bajo el yugo del estilo, su arado. Luego murió uno de ellos, y hemos visto a Jérôme herido, desesperado. No sobrevivió mucho tiempo a su hermano. "Apenas han tardado en reunirse el tiempo que tardaban en colocarse, vivos, al regreso de un viaje, alrededor de su mesa de trabajo... Fué precisa la muerte para dividirlos, y ha sido ella también quien los ha reunido (3). Tenemos la esperanza de que, si los dioses son justos, los dos hermanos trabajarán juntos, por toda la eternidad, en un bosque de olivos sagrados, en algún libro invisible, sobre una mesa invisible.

En cuanto a nosotros, que fuimos sus camaradas y sus amigos, creemos ver aún posados sobre esta asamblea sus ojos de niños cándidos y graciosos; nos parece oír el dúo de estas voces fraternas y complementarias. Durante mucho tiempo, sus espectros unidos frecuentarán esta Casa que tanto amaron, como en el cielo dos estrellas gemelas evocan una fraterna amistad al soñador tendido en la oscuridad, y, en lo que nosotros, unos y otros, hayamos hecho de bueno, frase pulida con amor, página rehecha por escrúpulo de conciencia, amistad salvada por un acto generoso, habrá siempre una parcela, desconocida de nosotros mismos, que pertenecerá a los Tharaud.

* * *

Y llego a la parte más difícil de mi recorrido. Se trata de encontrar, de seguir y de recoger, a lo largo de toda su obra, el hilo rojo que une tantas formas diversas de su talento. Usted es, señor, un hombre muy célebre y casi desconocido. Usted lo sabe, usted sufre por ello y dice, de usted mismo: "Oculto, yo vivo oculto bajo un manto de fábulas." Una inoportuna leyenda le envuelve, le enmascara y le aflige. Esa leyenda hizo de usted, ante todo, un príncipe frívolo, iluminado por los vivos colores de los proyectores de Diaghilev; después, un mago, cuya prodigiosa facilidad hizo nacer, de un golpe de varilla mágica, poemas, novelas, dramas, *films, ballets,* dibujos, frescos y pasteles. El verdadero Jean Cocteau, grave y laborioso, detesta esta personalidad, odia a este personaje. Usted lo evita como la peste; usted no quisiera ni estrechar-

(3) Emile Henriot.

le la mano. Por huir de él vive usted lejos de París. No hay sitio en la misma ciudad para ustedes dos.

Conviene confesar que este doble fabuloso tiene apenas rasgos comunes con usted. El daño que todo esto le produjo a usted es completamente absurdo. Eso le sucede porque usted tiene múltiples dones para cambiar de vehículo, pero claro es que sólo para poder transportar las mismas verdades. Una botella puede contener tan pronto licores blancos como rojos, ya verdes, ora negros; ello no cambia para nada su forma. Usted ha pedido a todas las Musas permiso para contarles sus penas y sus trabajos. Pero usted no ha abandonado a ninguna de sus hermanas hasta después de haber conseguido de ellas todo lo que podían enseñarle. "Si escribo, escribo—dice usted—; si dibujo, dibujo; si me inclino hacia la pantalla, abandono el teatro; si abordo el teatro, dejo a un lado el *film*, y el violín de Ingres siempre me ha parecido el mejor de los violines."

Poema o novela, *film* o drama, a través de todo lo que usted ha hecho corre fielmente ese hilo rojo que es su marca de fábrica. En sus infinitas combinaciones, permanecen invariables los ingredientes de su alquimia de usted; ángel, rosa, gallo, estatua, teatro, caballos, mármol, hielo, nieve, tiro, bala y cáscara de huevos danzando sobre el chorro de agua. En el tapiz abigarrado que es una obra, Henry James se complacía en buscar la figura misteriosa que se oculta bajo las redecillas de los arabescos. En todo gran autor existe esta figura. Bajo el desorden aparente de los colores, de los motivos y de los tornasoles, se adivina un rostro inmutable y secreto. Usted ha escrito siempre la misma comedia, ha compuesto siempre el mismo libro, ha expresado siempre los mismos sentimientos. ¿Cuáles son y quién es usted, señor?

Ante todo, usted es poeta y con razón da a esta palabra un sentimiento infinitamente más extenso que el de "autor de obras en verso". Usted dice: poesía de novela, poesía de crítica, poesía de teatro. Para usted, un poeta es, como para Paul Valéry, un creador de mitos que, por sus encantos, aclara más allá de toda apariencia el misterio de la belleza del mundo. Por los ritmos, por la elección de palabras, por la claridad con que presenta los detalles ante él invisibles, por la alianza íntima de la más concreta realidad con lo suprarreal, el poeta vuelve a crear el universo. Cuando este poeta lo es, como usted, de pies a cabeza, de todo corazón, vuelve a crear también su propia vida. Su casa de Milly, ordenada, o más bien, desordenada, por un gusto infalible, llena

de objetos escogidos donde sobreviven, como la ninfa de Combray prisionera en el árbol, amistades o recuerdos, además de casa, es un poema. Usted ha puesto en su existencia tanto estilo como en sus escritos.

Pero el mundo real acepta mal las formas que le impone la poesía. Monstruos, vulgares y poderosos, buscan la manera de degradar toda pureza. Su jauría, cubierta con cascos, se lanza a la caza del poeta. Por eso en usted existe un sentido agudo de la soledad en que se debate el individuo, de la imposibilidad de encontrar enteramente lo que se ama; en sumà, de lo que usted llama *la dificultad de ser*. Los que juzgan con arrebato los cohetes de su espíritu imaginan mal las negras varillas, que sobreviven sólo a los encantamientos cuando la noche envuelve a la explanada donde se realizan los fuegos artificiales. La vida del poeta parece una danza; pero es, como la del acróbata, una danza en el vacío. Un error se paga con un accidente mortal. Usted no concibe, como Baudelaire, un tipo de belleza en que no exista alguna parte de dolor. De la idea, muy gustada de nuestros románticos, que el poeta escribió con su sangre, usted ha hecho una película memorable. Usted ha escrito estos dos versos tan hermosos:

La tinta de que yo me sirvo es la sangre azul de un cisne
que muere, cuando es preciso, para estar más vivo.

Muy pronto, en vuestra vida, el hilo rojo ha cercado la figura de la Muerte. Usted la ve como una joven muy bella, vestida con bata de enfermera y guantes de goma, que habla de prisa, con voz seca y distraída. Motociclistas vestidos de negro, sus ayudantes, escoltan su largo carruaje. La Muerte es más horrorosa, en su rigor administrativo y esterilizado, que los esqueletos de las danzas macabras. Y porque esta fúnebre operadora arrancó a usted, cuando era muy joven, seres que usted quería, muchos de sus poemas superponen, en contrapunto, las líneas melódicas del Amor y de la Muerte. Usted no tenía aún treinta años cuando ya había escrito:

Veo a la muerte descender, en esta bella edad
en que me encuentro, ¡ay!, en mitad del viaje;
la juventud me arrebata y está en mi cuerpo.
Se lleva riendo mi corona de rosas;
Muerte, a la inversa de nosotros los vivos, compones
la trama de nuestro tejido.

Contra la muerte y el dolor no ha encontrado usted ninguna defensa eficaz. No sólo ha sido usted fatalista, sino que cree en

una conspiración, contra el hombre, de las potencias nefastas. El drama de Edipo ha tocado en su corazón. De ahí que con una terrible seriedad usted lance, como prólogo, la dura advertencia: "Observa, espectador, remontada en bloque, de tal suerte que el resorte se desarrolla con lentitud a lo largo de toda una vida humana, una de las máquinas más perfectas construídas por los dioses infernales para el aniquilamiento de un mortal." Tantas alabanzas, tantos afectos y, desde hace hace algunos meses, tantos honores no le han librado a usted jamás de la obsesión de la máquina infernal.

Sin embargo, es necesario seguir viviendo. Usted tiene para esto sus recetas. La primera es la invisibilidad. Su personaje protege a su persona. Los que creen herirle, hieren a un extraño. Cuando clavan agujas en la estatua de cera que han modelado para representarlo, no le producen ningún daño porque ella no se parece a usted. Usted cree que toda obra maestra está hecha de confesiones secretas y de extrañas adivinanzas. Usted guarda sus secretos, porque los que no se guardan dejan de ser secretos. El adversario, cuando tira a usted, falla el tiro, porque usted no está allí donde él creía verlo.

Su segunda línea de defensa es el divertimiento, en el sentido pascaliano de la palabra. Algunas frases de usted evocan las ilustres *Pensées*. Usted escribe: "Si debo durar cien años, son algunos minutos. Pero poca gente quiere admitirlo, y quieren que juguemos a las cartas y ocupemos un expreso que rueda hacia la muerte." Sólo que usted no saca de ahí las mismas consecuencias que Pascal. Usted mismo, en ese rápido que desgarra a la noche, juega a las cartas. Porque yo sé que usted viaja, amuebla casas, preside festivales y corridas, organiza exposiciones, goza de una comida de amigos, interpone cientos de imágenes entre usted y el abismo que se abre a sus pies. "¿Qué hacer—pregunta usted—, contra este temor al vacío? Me agota. Es preciso olvidarlo. Me esfuerzo en ello. Voy hasta el extremo de leer libros infantiles. Evito los contactos que me producirían la sensación de la huída de las horas." Pero la diversión, el recreo, no ofrece, bien lo sabe usted, más que un escudo frágil y endeble.

En realidad, el único blindaje sólido contra el bombardeo de las partículas nocivas en que se desintegra un pensamiento es para usted el trabajo. Usted duda de la vida, y de los dioses, y de todos, pero usted tiene una certeza, que es la de su vocación de poeta. Señor, desde la adolescencia usted ha luchado denodadamente con

las palabras. El servicio de las musas no es lo que creen los profanos. Estas jóvenes diosas inspiran el deseo de escribir; pero no guían la mano del escritor.

Ellas conducen hasta el fin a aquel que las ayuda
y se pone a su lado;
aunque tenga miedo, aunque encuentre fea
su terrible belleza.

Por tanto, yo, que tan bien secundé su fuerza bruta,
trabajé tanto y tanto,
que, si debo morir en el próximo minuto,
puedo morir contento.

Paul Valéry, cuando tuvo que llenar en un cuestionario de empadronamiento la casilla "profesión", escribió: "Artesano en su hogar." Señor, nosotros le rendimos este testimonio: usted ha sido un perfecto artesano de las letras. Usted se ha hecho cada vez más rápido, cada vez más económico de palabras y de imágenes. Usted ha buscado, como usted mismo dice, "dar en el blanco" y no errar el tiro. Usted se ha impuesto un rigor que se ha hecho, con el transcurso de los años, más exigente. La parte del ángel ha crecido.

Este ángel que reside en usted—"ángel de hielo, de menta, de nieve, de fuego, de éter"—es un soldado de las Nueve Hermanas. Es una parte de usted, la mejor, la que a la hora de la creación toma posesión de todo su ser; un extraño, más usted que usted mismo, y contra quien su *Yo* consciente intenta en vano defender su paz; un mensajero, que comunica su mundo visible con los reinos sombríos del ensueño y de la muerte. No es sorprendente que el mito de Orfeo le haya inspirado a usted una de sus mejores películas. Usted es, a la vez, Orfeo y el ángel Heurtebise; una mitad de usted conduce a la otra a los Infiernos para salvar a la Eurídice de vuestra imaginación que se encuentra allí. Este ángel le ha hecho daño, lo tortura. "Yo quiero vivir—dice—, ¡qué importa si tú mueres!" Pero este atormentador es también el único consolador, y usted se hace "el guardián de su ángel de la guarda". Por la parte de abajo, usted se halla ligado, como todos los hombres, a sus zapatos de barro; el ángel lo coge y lo arranca "del lodo humano y tierno". Le ayuda a vencer sus dones. Formarse no es fácil; reformarse lo es aún menos. La victoria que la exactitud de usted ha obtenido sobre la facilidad fué la del valor y la del

trabajo, señor. Usted tiene derecho a ser feliz por ello. Nosotros tenemos derecho igualmente a sentirnos orgullosos por la misma causa.

* * *

Ahora quisiera trazar la curva de su vida. Usted ha tenido una suerte formidable: una infancia protegida. Su familia, perteneciente a la vieja burguesía parisiense, amaba las artes, pero con un eclecticismo que excluía todo juicio. Pintura, música, poesía le han acompañado en sus primeros pasos. Sus años felices aparecen bañados en la luz, roja y dorada, del manto de Arlequín. Usted observa cómo su madre se viste para las funciones de ópera, para la Comedia Francesa; usted espera embarcarse, cuando le llegue la vez, en el río de los terciopelos y conocer los grandes salones dorados y prohibidos.

Usted es, como Marcel Proust, como Jérôme Tharaud, de esos individuos cuya infancia los ha marcado para toda la vida. Es, a la vez, fuerza y debilidad. Fuerza, porque la sobrevivencia en ellos de la magia los defiende contra el endurecimiento de la edad; debilidad, porque, no pudiendo desprenderse de los paraísos perdidos, sufren más que los otros de las crueldades del mundo adulto y sueñan, hasta la vejez, con una habitación en donde, cálidamente acurrucados en el calor materno, podrán de nuevo reunir sus juguetes y sus amores.

Sus jardines edénicos, señor, habían sido parisienses: "Yo he nacido en París—dice—; hablo en parisiense, pronuncio en parisiense." Su rapidez de espíritu, su gusto, su seguridad, no en verdad de corazón, sino de formas y de lenguaje, se los debe usted a París. Usted es de los que han conocido el *Nouveau Cirque, Footit et Chocolat;* el Châtelet, *Philéas Fogg* y *Michel Strogoff;* las *matinées* clásicas del Teatro Francés y la intensidad poética de los "monstruos sagrados". Como Marcel Proust, usted ha hecho sus estudios en el liceo Condorcet. Allí, entre el pasaje del Louvre y la calle de Amsterdam, se ha encontrado con los *enfants terribles,* ese cáncer prodigioso y mítico: el alumno Dargelos y la terrible raza de diamante que raya la raza de los cristales. Sus poemas, sus novelas, sus películas se hallan obsesionados por las imágenes de caballeros con escudos de cartapacios, con una bola de nieve asesina y con un hilillo de sangre que brota de una nariz infantil.

Usted ha sentido, desde muy joven, el deseo de escribir: "La

poesía es una calamidad nativa." Como todo adolescente que posee una vocación, usted desea romper con los gustos, por otra parte inciertos, de cuantos lo rodean; pero usted tropieza con un gran obstáculo a causa de sus admiraciones. Su juventud, loca por el teatro, había sido dominada por estas dos grandes figuras: Sara Bernhardt y Max. Me acuerdo, tan bien como usted, de este trágico que, a pesar de su acento rumano y de sus exageraciones, alcanzaba con frecuencia la grandiosidad. Su perfil de mascarón de proa se prodigaba en todas las paredes de nuestras calles; sus disonancias cantan aún en nuestra memoria.

Un camarada del Condorcet condujo a usted a casa de Max. "Este gran corazón—dice usted—, entre otras faltas de gusto, comete la de admirar mis primeros poemas y propagarlo." Organizó, en el teatro Fémina, una sesión consagrada a sus versos, que presidió Laurent Tailhade. Querido Cocteau, usted no había corrido jamás mayor peligro; pero su familia estaba extasiada. Amaba las letras y no tenía la más ligera idea de lo que era un drama escrito. Con gentileza y valor, sus familiares le impulsaron a que publicara usted poemas que pronto iba a considerarlos dignos del mirlitón. Usted ha hablado con desesperación y severidad de esta adolescencia: "Como era natural, se me adulaba. No ofendía a nadie. Llegaba a seducir con ello a un público bastante numeroso y a ocultarme mis errores. No hay duda alguna de que esta pendiente me hubiese conducido en línea recta a la Academia."

¡Qué mal conocía usted entonces, señor, el camino de esta Casa, a pesar de haber nacido en París! Hoy, mejor instruído por la experiencia, confiese, se lo ruego, que una pendiente muy diferente, y más escarpada, es la que le ha conducido a ella. Pronto, sin embargo, se avergonzaría usted de sus poemas juveniles. Eran, respecto de toda su obra, como *Les plaisirs et les jours* es a la de Marcel Proust. Antes de encontrarse, un principiante pertenece a su época. Después, como esas moléculas que, de choque en choque, siguen trayectorias imprevisibles, el joven se ve lanzado, por los azares de las circunstancias, en direcciones inesperadas, de las que un nuevo maestro, un nuevo amigo, le apartarán mañana. Hacia 1910, los *ballets* rusos de Diaghilev salpicaban París de tonos puros y vivos. Inmediatamente le deslumbraron, despertaron su espíritu y se transformó en familiar del que los animaba. Diaghilev dió a usted la palabra clave que decidió su carrera y que iba a hacerle entrar en la historia literaria: *Asómbreme.*

¿Era un sabio consejo? Así lo creo. El asombro es un elemento

esencial de la emoción artística. Un tratamiento de choque ayuda a abrir las almas y los ojos. *Hernani*, en 1830, produjo un escándalo que en aquella época era necesario. Los pintores impresionistas, los expresionistas, los cubistas, los abstractos, chocaron, cada cual en su momento, con las generaciones de entonces. Mas los efectos de un choque, si no son mortales, se atenúan. "Lo que envejece más rápidamente en el mundo es la novedad", decía Valéry. Las admiraciones son breves. Un arte vanguardista se convierte muy pronto en una vulgaridad. El ojo y el oído se acostumbran. Los espíritus vuelven a su adormecimiento. Una escuela que intenta durar yendo siempre más allá en el mismo sentido parece parodiarse a sí misma. De ahí la necesidad, si se aspira a despertar constantemente el interés, de atacar los puntos más inesperados y de renovarse sin cesar.

Durante algunos años ésa fué su táctica y su juego, señor Cocteau. *Le Potomack* y *Le coq d'Arlequin* produjeron en los espíritus sacudidas necesarias. Usted hizo entonces estallar deliberadamente algunos escándalos, que sirvieron a todas las artes, al dejar sitio limpio y desocupado para reconstruirlas. La batalla de *Parade*, la de *Mariés de la Tour Eiffel*, abrieron en las filas, no de la tradición, sino de la vulgaridad, una brecha por la que iba a pasar toda una generación de poetas, pintores y músicos. Erik Satie, Braque, Picasso, Stravinsky fueron consejeros para usted; pero usted había ya hecho mucho para su bien merecida fama. Porque usted tenía el sentido de la magia poética; usted sabía que, al *denominar* un grupo, se le crea. Al de los *Seis*, que reunió los mejores entre los músicos jóvenes de su época, usted le proporcionó el nombre y, en parte, la existencia.

Auric, Milhaud, Poulenc, Tailleferre, Honegger:
he puesto vuestro ramo en el agua del mismo vaso,
y os he enroscado amorosamente por la base
para que, libres, escojáis vuestro camino por el aire...

Cada uno de estos talentos "ha rodeado de otras estrellas su constelación". Todos están de acuerdo en atribuirle a usted el honor de ser "el guarda nocturno del haz".

La estética de usted tomaba forma y su influencia crecía. En el extranjero, los mejores jueces se interesaban por vuestros experimentos. Acostumbrados desde hacía mucho tiempo a encontrar en Francia ideas nuevas, veían con entusiasmo triunfar vuestra joven temeridad. Los peligros que, entonces, corría usted eran la embriaguez del éxito, la adulación de los *snobs*, la búsqueda delibe-

rada de lo extraño y de la ruptura. "Es preciso quemarse vivo para renacer", había dicho usted, y eso estaba muy bien. Pero era necesario que la quema no se convirtiese en un ejercicio cotidiano. Un fénix demasiado frecuente está en peligro de no volver a nacer. Max Jacob, a quien tanto admiraba usted, escribía en aquella época: "Nunca se hará lo suficiente para sacar el nombre de Jean de estos círculos parisienses en donde con frecuencia se le comprende tan mal... Jean tiene la desgracia de ser un hombre espiritual. Unos, no se lo perdonan; otros, fingen no ver en él este encanto... Al mundo le es muy cómodo aprovecharse de este deslumbramiento para ocultar sus virtudes, su talento y sus dones. Por tanto, es preciso decir la verdad. Y la verdad es que Jean es un gran poeta."

Sí, usted era en aquellos tiempos un poeta considerable; pero llegaría el momento en que usted cambiaría para llegar a ser usted mismo. Ustedes, usted y sus amigos, habían tenido demasiado éxito. La victoria había sido tan completa, habían ustedes puesto tan a las claras los errores de monsieur Prudhomme (4), que éste ya no se atrevía a confesar sus repugnancias. Había llegado a decir con humildad: "Puesto que no lo comprendo, es que debe de ser hermoso." ¿Quién, entonces, se atrevía a reírse de lo que escandalizaba? Usted había vapuleado con tal energía a los padres nobles, que éstos confesaban cualquier cosa antes que exponerse a ser de nuevo zarandeados. "De eso resultaba una apatía deplorable y una especie de malestar, que se comunicaba por todas partes... El público, tan frecuentemente abofeteado, aplaudía sobre sus propias mejillas." Las balas de usted no atravesaban ya ningún muro. Los primeros disparos habían sido demasiado cortos; los demasiado largos pasaban ahora por encima del objetivo y caían en terreno baldío. Para usted, que le agradaba hacer blanco, importaba mucho corregir el tiro.

* * *

En esa actitud vióse usted auxiliado por un acontecimiento y por un amigo. El acontecimiento fué la guerra de 1914. Aunque considerado por los médicos como "no apto para el servicio militar", usted estaba decidido a hacer la guerra, peligrosamente, con un convoy de sanidad civil. Acoplado a un regimiento de fusileros de la marina, usted vivió en Dixmude, bajo un cielo constelado de

(4) Personaje simbólico francés, equivalente al Perogrullo español.

cohetes blancos y de astros; voló con Roland Garros. La guerra se hizo cómplice de su genio naciente. En la vida cotidiana, toda campaña trae consigo una parte de magia. Rompe ligaduras, anuda otras. Sus trincheras se hundieron en la tierra y en el agua. Los proyectiles "punteaban el fin de sus parábolas sedosas con una pasta negra de rayos muertos". Allí conoció usted el sufrimiento, y la Muerte formó parte de sus íntimos. Sobre la guerra ha escrito usted, después de un cierto y necesario tiempo de gestación, una de sus mejores novelas: *Thomas l'imposteur*, en un estilo duro, con una sequedad completamente stendhaliana.

El amigo fué Raymond Radiguet. Usted ha dicho lo que debía a este niño genial, que le condujo a desconfiar de lo nuevo si tenía aspecto de nuevo y a tomar lo contrario de las modas de la anteguerra. Con él, usted ha buscado modelo en los maestros, no para hacerse juicioso, sino por afán de profundizar. "No hay pensamientos más que en los pensadores", decía Alain. Un novelista, como un pintor, aprende su oficio copiando las obras maestras. La originalidad no se da a los que la cortejan: se da, en aumento, a los que trabajan sobre el objeto. "El héroe en el combate, el creador en el trabajo, el santo en éxtasis, no tratan de ser originales, sino más bien de reunir, en una especie de belleza superior, los temas más sencillos de la humanidad común" (5). El estilo, que es la garra de un temperamento sobre la materia, no faltará jamás a los que son dignos de él. Cuando Corneille copiaba a los españoles, seguía siendo Corneille. Cuando Picasso copió a Delacroix, continuó siendo Picasso. Radiguet no fué nunca más Radiguet que al imitar *La princesa de Clèves*, y si usted mismo, señor Cocteau, pensó en *La Chartreuse de Parme* al componer *Thomas l'imposteur*, sus lectores, aunque nombrasen a Stendhal, reconocerían a Jean Cocteau.

Con Radiguet, y gracias a él, tomó usted un viraje difícil. Lanzado como un bólido, en el momento de encontrarse con él, hacia los paraísos artificiales, decidió frenar de repente y elegir, en la bifurcación, la senda clásica. Esto significaba para usted colocarse en una postura peligrosa. Tanto a la derecha como a la izquierda, el escándalo.

¿Qué? ¿Escribe usted el Cap? ¿Vocabulario?
¿Escribe usted esto? No puede usted gustarme.
El hombre ama lo uniforme y que nada se cambie.

* * *

(5) Emmanuel Mounier.

Usted se ha atrevido a cambiar. Usted ha comprendido que existen batallas literarias lo mismo que combates militares. Un mando puede, por medio de un brillante golpe de mano, conseguir un éxito espectacular. Su victoria no será eficaz y duradera más que si tiene detrás de él a todo un ejército. Los maestros bastante fuertes para sostener su gloria fueron los que la habían edificado sobre un extenso y sólido conocimiento de los hombres. Cada nueva lectura de Shakespeare, o de Balzac, o de Tolstoi, reserva en este plano sorpresas nuevas. Para llegar a ser inmortal es preciso comenzar por ser humano.

He ahí lo que usted había comprendido cuando la muerte de Radiguet lo dejó sin timón y sin vela durante cierto tiempo. Más que hombre de mundo, usted dependía de sus amigos. "Sin ellos —dice usted—, mis balas se pierden. Sin ellos, mi llama baja. Sin ellos, soy un espectro." En este terrible juego de creación constante que es el suyo, usted tiene necesidad del sostén de los demás. Su amigo Sartre dice: "Los otros son el Infierno." Para usted, algunos otros son el Paraíso. Usted no sabría vivir sin cambios. Cuando le faltó un solo ser, vuestra desesperación fué tan honda que sintió miedo a perder las fuerzas. Pero, una vez más, el trabajo lo salvó.

* * *

Lo que usted ha realizado, desde hace treinta años, tiene algo de prodigio. Enumerar sus obras sería monótono; pretender, en breves minutos, hacerles justicia sería una locura. En fin, es preciso decir, por lo menos, que en estas tres décadas usted ha escrito algunas de las novelas diamantes mejor talladas de nuestra época, hermosos poemas, ensayos notables, hasta que el teatro le embarcó, al fin, en su río rojo y dorado. Representado en la Comedia Francesa, usted ha creído ver en esa mansión de mármol, frecuentada por las grandes sombras de su infancia, al niño que usted fué, conducido a su butaca del jueves "por una acomodadora vestida de rosa y con bigotes grises".

La curva de su teatro reproduce, como conviene, la de su obra poética. En los tiempos de la *Machine infernale*, de *Antigone*, de los *Mariés de la Tour Eiffel*, de *Orphée*, usted ha debido de marcar violentamente la ruptura con el teatro llamado del Bulevar. Con un salto retumbante, usted ha franqueado el muro de las costumbres. Obsesionado por el tema de la Fatalidad, ha encontrado usted un asilo para su desesperación entre las columnas destroza-

das de los templos, y ha rejuvenecido los mitos griegos al marcar con gestos sus ojos sangrientos. Usted ha vuelto el teatro a sus orígenes, en donde tan pronto era desfile como tan pronto ceremonia. Después llegó el día en que el innovador comprendió que había llegado el tiempo de renovarse a sí mismo y de buscar, siguiendo la frase de Stravinsky, "un lugar fresco sobre la almohada". Entre la escena y el patio de butacas, entre el autor y el público, necesitaba usted restablecer la corriente, "escribir grandes obras sutiles y tentar a los grandes actores con grandes papeles". Usted ha ganado las dos partidas: la del teatro de vanguardia y la del teatro de masas, y es que ambas no eran contradictorias. En arte, las verdades, que son eternas, toman formas sucesivas. Los dioses no cesan de ser dioses, pero suelen disfrazarse para aparecer con rostros diferentes.

Después tentó a usted el arte de la pantalla. También triunfó en él y es uno de los dominios donde su aportación fué incomparable. Usted ha sido uno de los primeros escritores que han comprendido que el cinematógrafo, como el teatro y la novela, puede engendrar obras de arte. El cineasta escribe "con tinta luminosa", pero las leyes del estilo son las mismas para él que para todos los artistas: una rigurosa sencillez, un ritmo, una modesta obediencia a las necesidades del oficio. Si la cámara y el carril entorpecen el paso, tienen, en cambio, sus propias ventajas, que el gran artista utiliza, al igual que Miguel Angel, de un defecto del mármol, obtenía sus más raras bellezas. Usted ha querido ser, en el cine, no un poeta que condesciende, lamentándose, con una técnica, sino un técnico que realiza valerosamente en el escenario todos los oficios. "Mi método es sencillo—ha escrito usted—. No embrollarme de poesía. Esta debe surgir por sí misma. Sólo oír pronunciar su nombre me enfurece." El misterio, como la poesía, no se deja apenas domesticar. A quien lo busca, se niega. Pero se entrega a usted, que lo espera, agazapado entre sus trabajos y sus recuerdos.

Usted ha realizado, así, algunos de los más bellos *films* de poesía y de misterio. *Le sang d'un poète, La Belle et la Bête, L'Eternel retour, Orphée,* son, en todos los países del mundo, clásicos, y se quedarán entre los clásicos. Como los grandes humoristas ingleses, usted ha comprendido que, cuanto más extraña parece la historia contada, más importa que el narrador sea realista. La credulidad no puede surgir más que si el autor sumerge el misterio en la vida diaria. Swift se impone una rigurosa precisión

cuando describe los mundos extravagantes por donde pasea a Gulliver. Usted rodea la muerte de motociclistas, semejantes a los de la Prefectura de Policía; usted reemplaza los jueces de los infiernos por burócratas de levita; usted recibe en código, por telegrafía sin hilos, mensajes del más allá. Usted obtiene también algunos de estos efectos de belleza, soberana y secreta, que sólo producen las grandes obras de arte, las cuales no pueden ser explicadas, pero se manifiestan por su sola presencia.

Usted se acordará de aquella frase de un hombre del siglo XVIII, al cual decía una mujer: "Os amo porque..." "¡Ah señora—le respondió—, si usted sabe por qué, estoy perdido!" A un comentador que intentase traducir en lenguaje claro su *Orphée*, usted le respondería, estoy seguro de ello: "¡Ah señor: si usted comprende lo que yo he querido decir, es que lo he dicho muy mal!" Esté tranquilo, señor Cocteau: sus misterios permanecen opacos, y usted está a salvo. Nosotros salimos de sus películas con el sentimiento confuso de que los mundos singulares creados por su imaginación tienen, como todo este vasto universo, un sentido sublime y oculto. Usted ama lo sobrenatural; pero usted sabe que la Naturaleza es sobrenatural, y el milagro, permanente.

Usted ha dado prueba de gran audacia al proponer temas fantásticos al público francés, cuya lúcida severidad los acepta difícilmente. ¡Cuántas veces, señor, ha debido usted de recurrir al sentido común! "En Francia—dice—, si un fantasma sale de un espejo, éste no puede ser más que el de un armario con espejo." Usted está mejor informado, sí. Usted sabe que los fantasmas y la muerte viven en un mundo líquido más allá de los espejos. Nosotros hemos visto, como usted, cambiarse, a lo largo de los años, en estos reflejos, nuestro rostro y transformarse en espectro, bajo los asombrados ojos del niño que continúa viviendo en nosotros.

¡Ah señor, si se pudiese poner un espejo ante nuestra alma, cuánta juventud reflejaría! Un gran actor me dijo un día: "La juventud es cuestión de composición." Usted ha compuesto la suya con embeleso. La juventud no se mide por años, sino por el gusto de vivir, por necesidad de crear. ¿Quién, más que usted, conserva intacto el poder de renovación? Si, algún día lejano, usted se decide a envejecer, estoy tranquilo por usted y por nosotros: usted atravesará con una lanza a la vejez. Y eso será muy agradable.

Usted también tiene el atrevimiento más temerario que todos los de su adolescencia de prescindir de la bondad y de desridiculizar la dulzura. Eso es remar bravamente contra la corriente de la

moda. La maldad se lleva mucho en nuestra época. Pasa por inteligencia; mas sólo es facilidad. En realidad, es más fácil destruir a los demás que construirse uno propio. Usted rehusa esta arma envenenada; usted se divierte sin ser feroz. Usted sabe que nuestros amigos necesitan más de nuestra ternura que de nuestra dureza. Era usted muy joven aún cuando ya escribía: "Sobre todo, sobre todo, sea indulgente, vacile en el umbral de la blasfemia. No se conocen jamás las razones, ni la envoltura interior del alma, ni lo que hay en las casas, bajo los tejados, entre las gentes..."

Mi sentimiento, sobre ese particular, está de acuerdo con el de usted. Ser bueno no es una empresa absurda. Es una tentativa para modelar nuestra vida con lo que encontramos en nosotros de mejor. A lo que los pesimistas responden diciendo que el propio diablo es quien nos dicta esta loca confianza en la naturaleza humana. Señor Cocteau, ellos no le convencerán a usted ni a mí. "Todo lo que es misantropía es falso" (6). Nuestros más famosos maestros, aunque maravillosamente lúcidos, no eran ni misántropos ni malvados.

Con frecuencia ha afirmado usted que todo progreso del artista es un progreso moral. La modestia, la seguridad de juicio, los dones del corazón forman también la pureza del estilo. Yo creo que Víctor Hugo hubiera escrito: "En el virtuosismo hay virtud." Usted dice: "Si me fuera posible, me gustaría abrir un Instituto de belleza para las almas; no es que la mía sea bella, ni que yo cuente con hacer milagros, sino a fin de que el cliente cuide su línea interior." En efecto, es la línea interior la que curva la línea exterior. Una obra es siempre el retrato del que la ejecuta. Las últimas obras de usted revelan un dominio creciente, que es dominio de sí. Más sujeto, en lo sucesivo, al rigor que a la sorpresa, usted busca la perfección por la sencillez, porque sabe que la verdadera elegancia se burla de la elegancia.

Y he aquí, señor, que sus virtudes de hombre y de escritor le han conducido al palacio Mazarino. Es un desenlace inesperado, pero feliz, de su drama. Lo pensaba usted ya cuando escribía:

Cuando mis sucesores vean mi aventura,
los muelles y los vaivenes de mi hermoso coche,
se maravillarán de tan noble recorrido.

¿Era esto una profecía? ¿Premeditación? No lo creo. Durante toda la vida usted ha realizado su número sin red. Usted no es

(6) Alain.

hombre que repare, desde lo alto del trapecio, en un punto acolchado que atenúe su caída. Intrépido, usted ha volado de imprudencia en imprudencia hasta la cúpula. He tratado de probar que, a pesar de las apariencias, su vida presenta una unidad notable. ¿Deliberadas sus alternativas? ¿Oportunas sus actitudes? ¿Hábiles sus gestiones? ¿Qué crítico honrado, después de haber releído su obra, se atrevería a sostenerlo, cuando toda ella, desde la adolescencia y con una constancia trágica, expone y reanuda los mismos temas?

Usted continuará, señor, a pesar de esas palmas, de esos faldones, de ese bicornio, de esa espada, tratándolos con toda libertad. Nosotros le hemos elegido no para transformarle, sino para tenerle a nuestro lado tal y como usted es. Cuando Disraeli, después de haber dominado en la Cámara de los Comunes, pasó, al fin, a la de los Lores, alguien le preguntó sus impresiones. "Estoy muerto —respondió—. Muerto, pero en los Campos Elíseos." Nosotros esperamos que en nuestra compañía se sienta usted bien vivo. En el frontispicio de este palacio no está escrito: "Vos, que entráis aquí, dejad fuera vuestra independencia." Muy al contrario. De buena gana, le diríamos como Diaghilev: *Asómbrenos.* Usted me contó, hace algún tiempo, una historia agradable. Los padres de una de sus sobrinitas acababan de comunicar a ésta que un ángel le había traído un hermanito. "¿Quieres verlo?", le preguntaron. "No—contestó la nena—. Quiero ver al ángel." Nosotros somos como su sobrina, señor. No queremos ver a un académico más; queremos ver al ángel Heurtebise.

* * *

He terminado. Al director de la Academia, que debía recibirle (y que no le recibió porque Luis XV se negó a aprobar la elección), Pirón decía: "Mi discurso está hecho y el suyo también." Me levantaré, me quitaré el sombrero y diré: "Señores, les agradezco el honor que me han dispensado de admitirme." Usted se levantará después, se quitará el sombrero y me responderá: "Muy bien, señor. En conciencia, no vale la pena agradecerlo." Su actitud es muy diferente. Usted es demasiado agradecido para despreciar lo que tanto ha deseado. Usted será, y así lo esperamos, un académico asiduo y fiel. Usted ha recordado que en la época de su nacimiento esta Compañía sólo era un grupo de amigos. Usted gozará, como todos nosotros, con encontrarse cada jueves, en el

más bello decorado del mundo y al borde de un río cargado de historia, con algunos hombres que le estiman. El trabajo del Diccionario interesará al erudito en palabras que usted es. Asimismo nos ayudará a designar a sus futuros colegas. Tal vez cometerá usted errores. Nuestros modestos conclaves no confieren la infalibilidad. Pero su seguro instinto de los valores poéticos nos será de un valor infinito. Usted desea llamar aquí a los mejores. Ese es también mi anhelo, y si usted nos consigue un François Villon, yo le prometo votar por él con tal que haya escrito el *Petit Testament.*

"Y bien. Quisiera abandonaros en seguida." Yo sé que usted detesta los andenes de las estaciones y esos últimos momentos tras las ventanillas bajadas, donde no se encuentra nada que decir, porque ya se ha dicho todo. Pediré mi salida a Colette: "He aprendido a respetar a Jean Cocteau antes de aprender a quererle. Cuando la pereza me dominaba, me volvía con consideración hacia este joven inmaterial que siempre trabajaba como por placer, y de quien las obras no están escritas a la ligera." Ahí se encuentra reunido todo lo que importa decir en el momento en que el tren se pone en marcha: el afecto por el hombre, la admiración por una obra que no está escrita a la ligera, pero a quien la velocidad permite volar por encima de su época y le respeta por un trabajo infinito. Como Vermeer y Bergotte, señor, usted se ha pasado la vida puliendo un lienzo de pared amarilla, un estilo, unos sentimientos. ¿Por qué todas estas obligaciones, que, como decía Proust, parecen pertenecer a un mundo diferente, fundado en la bondad, el escrúpulo y el sacrificio? Porque usted piensa, como él, que lo que merece vivirse, merece estar bien vivido, y que lo que merece escribirse, merece estar bien escrito. Usted, de ahora en adelante, va a trabajar a nuestro lado por placer confesado y por deber secreto. Sed bien venido.